

Voz propia

Goy P/1878

Si alguien piensa en Gerardo Diego como doctor en Filosofía y Letras o como catedrático de Literatura, o como entólogo de la luego llamada generación del homenaje a Góngora o generación de 1927, puede tener una idea bastante hueca y desviada de la personalidad de este escritor.

Es cierto que es o ha sido doctor y catedrático y entólogo de los poetas de su grupo o «generación» (aunque personalmente no me plazca la clasificación germánica y luego orteguiana y posteriormente julianmariana de *generación* para juntar a personas o personalidades nacidas en intervalos de quince en quince años) pero, además de todo esto, Gerardo Diego ha sido una personalidad poética con voz propia en el conjunto y marco de la poesía española de este siglo.

Sus escritos publicados son precoces: desde *El romancero de la novia*, de 1920 (año en el que, no hay que olvidarlo, Juan Ramón

Jiménez publica su *Segunda antología poética*, que ha de marcar un giro en la poesía castellana de este siglo), pasando por *La sorpresa* (1923), *Manual de espuma* (1924), *Versos humanos* (1925), y un largo etcétera, que pasaría por citar sólo algún título relevante, por *Fábula de Equis y Zeda* (1923), hasta llegar a su *Alondra de verdad* (1941), *Soria* (1948), *Paisaje con figuras*, (1962) y sus últimas publicaciones, su labor de creador, entólogo, profesor, director y animador de revistas literarias ha sido incesante.

No faltan ni faltarán críticos que le reprochen exclusiones en su *Antología de la poesía española contemporánea*, cuya primera edición apareció en 1931, pero es de justicia constatar aquí que, en algún caso, esas exclusiones fueron autoexclusiones: me refiero a los casos de Juan Ramón Jiménez y Emilio Prados, que, por diversas razones que no es del caso explicitar aquí, no quisieron figurar en la segunda recopilación de Gerardo Diego.

Como poeta, no cabe duda alguna de que su nombre merece un lugar destacado entre los escritores españoles de este siglo, y no por compadrazgo, poder literario cocinado en cenáculos antológicos o por dirigir revistas que él creó, como fueron «Carmen» y «Lola».

Diego es un poeta que oscila siempre entre el clasicismo (de origen modernista en sus inicios y mucho más ceñido posteriormente) y la vanguardia de los años veinte y treinta, conectado con el ultraísmo francés, y que en castellano se llamó creacionismo, «ismo» éste tan válido para él como para el chileno Vicente Huidobro o para el vasco Juan Larrea, con los que compartió imágenes y conceptos de talante singular y exótico en la época de la Europa de entreguerras.

Para mejor ocasión y también para mejor pluma, quede una valoración más justa y menos urgente de la que aquí queda escrita.

José Agustín GOYTISOLO